

El ejército de los Estados Unidos...

El ejército de los Estados Unidos...

El ejército de los Estados Unidos...



Los combates en esta batalla...

VII.

EL EMPERADOR CONDECORADO POR SU EJERCITO.—SU VIDA PRIVADA.—SUS MEMORIAS.

Durante los días transcurridos del 24 al 30 de marzo, no hubo ningún combate de importancia...

En la tarde del 30 de marzo se verificó un reparto de condecoraciones entre aquellos oficiales y soldados que más se habían distinguido...

No fué de ninguna manera una ceremonia pomposa, como se hubiera verificado, por ejemplo, en las grandes naciones de Europa...

CAPITULO ALFONSO

Todos tomaron parte en esta festividad conmovedora que alcanzó su nota más excelsa en el momento en que los generales presentes, presididos por Miramón, y en medio de los entusiastas vivas de las tropas, dirigieron en nombre del ejército, una fogosa alocución al sorprendido Emperador, suplicándole se dignase llevar sobre su pecho la medalla honorífica con la que él premiaba las heroicas virtudes de sus soldados.

Entonces Miramón colocó la medalla de bronce del mérito militar en el pecho del monarca. Este hondamente conmovido, abrazó a sus generales, y en pocas, pero expresivas palabras, les dió las gracias por aquella distinción.

La "Medalla del Mérito Militar" tenía en su anverso la efigie del Emperador, y en su reverso las palabras "Por el Mérito Militar", y era la adoptada para premiar el valor, tanto de los oficiales como de los simples soldados.

Un poco después, el 10 de abril, con motivo de la fiesta celebrada para conmemorar el aniversario de la exaltación al trono, se entregó al Emperador un soberbio diploma, que rezaba de la siguiente manera:

Señor:
"El ejército mexicano que a las inmediatas órdenes de V. M. defiende la plaza de Querétaro, representado por los Generales que suscriben, pide a V. M. que se digne honrarlo una vez más, llevando al pecho, desde hoy, la medalla del Mérito Militar.

"V. M. premia con esta honrosa condecoración los servicios distinguidos de los Generales, Jefes, oficiales y soldados, que, en cumplimiento de sus más sagrados deberes, no hacen hoy otra cosa que

imitar el heroico valor, el constante sufrimiento y la singular abnegación de V. M.

"Jamás Soberano alguno, en las circunstancias de V. M., descendió desde la altura del trono a vivir en medio del peligro, asimilándose con el soldado cuyas privaciones y desnudez no tienen semejantes en el mundo, soldado a quien V. M. ha sabido dar notables ejemplos de arrojo, de patriotismo y de sufrimiento.

"La Nación que procura salvar y engrandecer a V. M., y la historia severa e imparcial, harán muy pronto cumplida justicia al Emperador de México. "El ejército, por su parte, contando con el beneplácito de V. M., le condecora con la Medalla del Mérito Militar.

"CUARTEL GENERAL EN QUERETARO,
Marzo 30 de 1867.

"A SU MAJESTAD:
"El General de División en Jefe de la Infantería: Miguel Miramón.—Rúbrica.

"El General de División en Jefe de la Caballería: Tomás Mejía.—Rúbrica.

"El General de Brigada, Jefe de Estado Mayor: Severo del Castillo.—Rúbrica.

"El Gral. de Brigada, en Jefe de la 2a. Div. de Infantería: Pedro Valdés.—Rúbrica.

"El Gral. de Brigada, Jefe de la 1a. Div. de Infantería: Ramón Méndez.—Rúbrica.

"El General de Brigada, Director de Artillería: Manuel R. Arellano.—Rúbrica.

"El General graduado, ingeniero general: Mariano Reyes.—Rúbrica.

Creo que la historia no puede citar ejemplos más patentes de sublime abnegación a un soberano, como el que este desventurado monarca, víctima pos-

CAPITULO ALFONSO

terior de la insaciable sed de sangre de sus contrarios, recibió durante las amargas horas del sitio, pero particularmente en ese día, de su denodado ejército.

Quien hubiese visto al Emperador desde el principio de las hostilidades, como, al igual que el último de sus valientes soldados, se acostaba a su lado y a cielo descubierto, para descansar unas cuantas horas de la noche, y despreciaba la tienda de campaña, a pesar de las inclemencias del cielo; quien lo hubiera visto sacrificarse a la par que el último de sus fieles servidores, combatiendo por una causa cuyas probabilidades de éxito se alejaban cada vez más; cómo conservaba imperturbables su buen humor y su resignación, en medio de los más inminentes peligros, dando así a todos un ejemplo laudable; cómo permanecía tranquilo y sereno en los momentos más terribles de sufrimientos, cuya amargura doblega, a veces, aun a los más fuertes, cuando vió que su vida estaba al arbitrio de unos cuantos miserables, a pesar de lo cual, impasible, desafió al inexorable destino; quien se percate de todo esto, amigo o enemigo, y sin que lo ciegue la pasión de partido, tendrá que ver con respeto y admiración innegables al hombre que de este modo dió al mundo el más hermoso ejemplo de dignidad, de valor y de abnegación.

No puedo dejar pasar esta ocasión sin decir algunas palabras acerca de la vida privada que el Emperador llevó durante el sitio.

Cuando el Emperador designó el Convento de La Cruz para su Cuartel General, escogió para sí un cuarto pequeño, situado en el segundo piso, que antes había sido una celda del claustro y que se comunicaba, por medio de una antecámara, con el ex-

terior.

Según la costumbre mexicana, no tenía ventanas y recibía aire y luz por una especie de claraboya que daba a uno de los patios del claustro, cuyas habitaciones opuestas ocupaba una parte de la guarición del Convento, circunstancia, por cierto, que no hacía la mansión imperial de lo más agradable y tranquila. Pero el Emperador Maximiliano la amaba, gustaba mostrarse a sus soldados, no le disgustaba estar en roce diario con ellos; quería justificar la confianza con que lo honraban los mexicanos, y sabía merecerla siempre; por la misma razón, se rodeó de servidores mexicanos, en su mayor parte, a los que trataba con la mayor finura. En cierta ocasión vi que amonestó a uno de ellos con palabras tan amables y conmovedoras, que a éste se le rodaron las lágrimas.

La servidumbre del Emperador era muy poco numerosa: se componía de una ayuda de cámara, un cocinero, dos lacayos y un caballerango. Su manera de vivir era tan sencilla, que yo creo que muchos de sus generales tenían mejor mesa que él. Como la situación financiera era tan mala, el Emperador, al principio del sitio, sólo tomó diez mil pesos del dinero llevado a México, es decir, la mitad de lo que le correspondía cada mes como lista civil. Fuera de esta cantidad, no volvió a reclamar nada, porque todo lo dejó para el pago de las tropas.

La habitación del Emperador, cuyas paredes sombrías no adornaban cuadros ni tapices de ninguna clase, tenía un pavimento de ladrillos muy desigual, que no cubría alfombra alguna, sino simple esterá de paja. El mueblaje era sumamente sencillo: un catre de metal, de viaje; una mesa de no-

che; una mesa grande de tijera; cuatro catres ídem y una pequeña mesa para escribir, en la que yo trabajaba habitualmente.

Contiguas a su habitación estaban las de su servidumbre, las cuales eran interiores, como todas las celdas del antiguo Convento; no tenían muebles de ninguna clase, y lo que servía de camas era demasiado rudimentario.

Cuando los asuntos del comando del ejército no le llamaban afuera, le gustaba permanecer en su modesta habitación; de cuando en cuando visitaba una pequeña gruta situada en el Cerro de las Campanas, en la parte que mira al poniente, y desde la cual se desplegaba ante la vista toda la fértil llanura. Allí acostumbraba sentarse, completamente solo; pasaba horas enteras, contemplando el delicioso panorama que se ofrecía ante su vista, absorto en los recuerdos de otros tiempos, en los ensueños de dicha desvanecidos, en las personas queridas, tan alejadas de él, y en la remota patria, libremente abandonada.

¿Qué cúmulo de pensamientos ocupaban entonces la mente del desventurado monarca? ¿Qué dolor imponderable oprimía en aquellos momentos su noble corazón? Por entonces no preveía aún la proximidad de su desenlace, de la triste muerte que se le impuso.

Al principio del sitio, cuando todavía el porvenir no se presentaba tan amenazador, y cuando aún le quedaba tiempo para sus trabajos particulares, pasaba el Emperador largas horas dictando sus cartas particulares y sus Memorias comenzadas en Querétaro. Yo tuve el alto honor de escribir estas Memorias, cuyas primeras páginas, que narraban

nuestra marcha a Querétaro, estaban salpicadas de poéticas descripciones, a pesar de la seriedad del asunto. El Emperador paseaba de un lado a otro de su estrecha habitación, con las manos cruzadas por detrás, dictándome tan aprisa, que me costaba mucho trabajo seguirlo. Y continuaba su trabajo durante horas enteras, olvidado completamente del mundo exterior, abandonado al libre curso de sus pensamientos e ideas. Derrepente se detenía, y con aquellos modales tan finos, con aquella amabilidad con que acostumbraba hablar aun a los que trataba por vez primera, y con los que conquistaba la simpatía de todos, me decía que, si tenía ocupaciones pendientes, se lo indicase.

"Vamos a descansar un rato; no tenemos tanta prisa", solía decirme con frecuencia.

En cierta ocasión que yo había ido a caballo a la ciudad, a comer a la hora del mediodía, el Emperador, sin que nadie se lo esperase, preguntó por mí. Yo vivía en compañía de su médico de cabecera, Dr. Basch, y del Capitán de su Estado Mayor, Barón de Fürstenwarther. Pareció extrañarle mi ausencia; pero el Dr. Basch me disculpó, diciéndole que había ido a visitar a mi hermano, al cual no tenía ocasión de ver sino muy rara vez. El Emperador exclamó: "¡Ah! ¿A ver a su hermano? Entonces, la cosa cambia de aspecto."

Al día siguiente el Emperador se dirigió, en mi compañía, al Cuartel de los Húsares, donde trabajaba mi hermano, y me concedió permiso de que, una vez terminadas mis ocupaciones en el Cuartel General, tomara parte en las del Escuadrón de Húsares.

Una vez que el Emperador se paseaba de un lado a otro de su pieza, dictándome, oí derrepente un silbido, al mismo tiempo que algún objeto penetró por

la claraboya, detrás de mí, y rebotó contra la pared de enfrente. Me volví entonces, y ví que el Emperador se agachó y levantó algo del suelo. Tenía en sus manos una bala de fusil aplastada. Algún enemigo debe de haber errado el blanco, y la bala entró casualmente por la claraboya. El Emperador vino hacia mí y me dijo sonriendo: "Ya ve Ud.; no está uno seguro ni entre las cuatro paredes de su casa."

Las memorias que entonces me dictó, así como otros escritos, fueron quemados por el Barón de Fürstenwarther en el Cerro de las Campanas, por habersele ordenado así el Emperador, poco después de haber caído prisionero. Quiero referir la parte más interesante de ellas.

Comenzaba el Emperador describiendo la partida de los últimos franceses, de la Capital, poniendo de realce la situación que entonces prevalecía, así como todas las traiciones que los franceses cometieron en los últimos meses, tanto contra él como contra el país. Con toda claridad y maestría precisaba los actos, y sólo aquellos sobre cuya mala fé no podía abrigarse duda, y que constituirán siempre una afrenta en la historia de la gran nación, cuyo soberano contribuyó, en gran parte, a que el Príncipe austriaco aceptara la corona imperial de México, para después supeditarla a la brutal arrogancia y a la falta completa de miramientos del ahora tristemente célebre Mariscal Bazaine.

Cuando este hombre, acompañado del resto del ejército francés de ocupación, pisó nuevamente el suelo de su patria, debería habersele impuesto un castigo degradante por sus notorias infamias. Pero la venganza no podía tardar en llegar: el año de 1870 descargó terrible golpe sobre aquellos dos hombres que se habían portado de una manera tan ca-

nalla con el Emperador Maximiliano y los precipitó en un abismo de ignominias.

"Al día siguiente de haber partido los últimos franceses, quise dar un paseo a caballo a través de la ciudad. Una impresión inesperada y agradable me animó. Parecía que la noche había cambiado la fisonomía de la ciudad. Todo me parecía mucho más risueño que antes. PARECIA QUE SE HABIA ALEJADO UNA PESADILLA DE LA CIUDAD; las calles estaban más animadas y me parecían más risueños los saludos que me dirigían los pacíficos habitantes de la Capital."

Son las palabras que escribió el Emperador haciendo alusión a sus opresores de tantos años y a sus relaciones con sus súbditos, y expresando, al mismo tiempo, la satisfacción que le causaba la partida del ejército francés.

El último suceso oficial muestra bastante bien la tirantez que existía entre el Emperador y Bazaine. No hay que olvidar que Maximiliano, puesto en el punto de vista de un patriota mexicano, con la retirada de las tropas francesas perdía uno de los principales sostenes de su trono, abriéndose en su ejército un gran vacío, imposible de llenar, a causa de la situación angustiosa en que se encontraba el Imperio. Después que se manifestó un cambio en la política, en noviembre de 1866, el Emperador Maximiliano quiso libertar al país, lo más pronto que fuese posible, de una soldadesca que oprimía al pueblo de una manera tan bárbara, obligando de esta suerte a muchos ciudadanos pacíficos a levantarse en armas; la partida de los opresores del país, creía el Soberano que iba a producir muy buen efecto; sin embargo, no fué así; vió fallidas casi todas

sus esperanzas; era ya demasiado tarde para obrar, de todo lo cual es responsable Bazaine.

Después pasa el Emperador a describir uno por uno los distintos actos de traición que acabaron de agravar las cosas, y de todos los cuales fué culpable Bazaine. Los puntos sobre los cuales el Emperador hace llamar más la atención, son los siguientes:

1º Los franceses, antes de partir, vendieron al enemigo todos los caballos y mulas de que disponían, así como bronce, toda clase de armamento, proyectiles y municiones; gran cantidad de lo último fué inutilizado, para que no cayera en manos de los imperialistas.

2º En los últimos meses, dejaron al enemigo apoderarse del país, sin oponerle la más pequeña resistencia, aun en aquellos lugares en que fácilmente se lo hubieran podido impedir.

3º Los franceses se hicieron culpables de traición, porque, en vez de haber salido de la Capital a las seis de la mañana, hora en que se había convenido efectuar la entrega de la ciudad al ejército nacional, salieron silenciosamente a las 2 de la madrugada, antes de que hubieran sido reemplazados por el ejército mexicano, por lo que, prácticamente, la ciudad estuvo sin defensa durante cuatro horas, expuesta fácilmente a un ataque repentino por parte de las bandas de guerrilleros que pululaban en las cercanías.

4º El Emperador tenía en sus manos la prueba de que Bazaine había propuesto a Porfirio Díaz, Jefe del ejército republicano del Sur, entregarle al Emperador. Porfirio Díaz, que era uno de los generales mejores y más valientes de Juárez, se apresuró a mandar esta correspondencia al Emperador, ha-

ciéndole notar de qué clase de gente estaba rodeado.

Es incontestable que si este jefe hubiera mandado el ejército sitiador de Querétaro, en vez de Escobedo, hubiera sido muy distinta la suerte del Emperador.

Según la descripción que hace el Soberano de sus relaciones con los franceses y de éstos para con el país explica los motivos que lo impulsaron a emprender el viaje a Querétaro, y se desahoga del disgusto que le causó la traición de los Ministros, que lo dejaron perecer en vez de mandarle los auxilios convenidos.

Las memorias del Emperador abarcan hasta su llegada a Querétaro. Los acontecimientos que después se sucedieron con rapidez, el sitio dilatado y lleno de tristes expectativas y los cuidados del inquietante porvenir, reclamaron la atención del Emperador, impidiéndole proseguir sus Memorias.

Los centinales mexicanos distinguieron varias veces su figura durante la noche. Envuelto en un largo manto, abandonaba el Cuartel General, completamente solo, dirigiéndose a las avanzadas del ejército, sin hacer caso del peligro. Lo que allí lo llevaba era su solicitud por la ciudad y por las tropas, y cuántas veces él era el único que vigilaba, mientras que sus generales dormían tranquilamente.